

PAULA FOX  
**Los hijos de la viuda**

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

narrativa sexto piso



# Los hijos de la viuda

PAULA FOX

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*The Widow's Children*

Copyright © PAULA FOX, 1976

Primera edición: 2025

Traducción  
© MAGDALENA PALMER

Imagen de portada  
*Portrait in Black and Pearl*  
© JACK VETTRIANO  
Courtesy of the artist  
[www.jackvettriano.com](http://www.jackvettriano.com)

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2025  
América, 109  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Formación  
GRAFIME

Impresión  
COFÁS

ISBN: 978-84-10249-48-6  
Depósito legal: M-17006-2025

Impreso en España

Para Brewster Board, Marjorie Kellogg Gillian Jagger

Privados de sus primeras hojas se muestran sus hijos estériles y parecen ser el fruto del horror que ella complació...

«Viuda», RAINER MARIA RILKE

## 1. COPAS

Clara Hansen estaba sentada en ropa interior, inmóvil y muy erguida, al borde de una silla. Pronto tendría que encender la luz. Pronto tendría que acabar de vestirse. Se permitiría tres minutos más en su apartamento en penumbra, en ese estado tan cercano al sueño. Se volvió para mirar una mesa donde había un pequeño despertador. De inmediato una dolorosa inquietud la obligó a levantarse. Llegaba tarde; los autobuses no eran de fiar. No podía permitirse ir en taxi al hotel donde su madre, Laura, y el marido de Laura, Desmond Clapper, la esperaban para tomar unas copas y salir a cenar. A la mañana siguiente los Clapper zarpaban en barco, esta vez rumbo a África. Se ausentarían durante meses. Clara había conseguido escaparse media hora antes del despacho donde trabajaba para ganar algo de tiempo. Pero en el tiempo ganado se había sumido en un sueño vacío.

Se dirigió rápidamente al pequeño dormitorio, donde el vestido aguardaba encima de la cama. Se trataba de su mejor posesión. Aunque era consciente de que, por norma, vestía a la defensiva, esta noche había optado por una elección perversa. Laura sabría que el vestido era caro. A la mierda, se dijo, pero solo sintió indecisión cuando la seda se posó sobre su piel.

Unas gotas de lluvia se deslizaron por las ventanas cuando pasó a la sala. Dejó encendida una luz para cuando volviera a casa y por un momento le pareció que la velada había terminado, que había regresado con el consuelo de que, cuando Laura se marchase, ya no tendría que pensar en ella. A fin de cuentas, casi nunca se veían.

Aunque era principios de abril y aún hacía frío, Clara se puso una gabardina fina. Estaba raída y sucia, pero respondía a cierta intención —un repudio al vestido— de la que Clara solo era remotamente consciente.

Carlos, el tío de Clara, estaría allí. Y Laura le había dicho por teléfono que un amigo editor también asistiría a su despedida. Clara lo había conocido hacía mucho tiempo; no pensaba nada en él. Mientras andaba por la calle, vio que un autobús se acercaba y corrió a la parada. Sintió enseguida, como si lo hubiesen provocado sus apresurados pies, una inquietud angustiosa, el estado con el que siempre entraba en el territorio de su madre.

A doce manzanas al sur del edificio de Clara, en una vieja casa de piedra de Lexington Avenue, Carlos Maldonada, el hermano de Laura, estaba junto al fregadero con un limón marchito en la mano. No le apetecía especialmente el vodka que se había servido. Soltó el limón, que cayó en el fregadero entre los platos sucios, y fue a su armario. Sin molestarse en mirar, cogió una americana de la oscuridad mohosa y se la puso.

Se dirigió al teléfono. Podía decirle a Laura que había tropezado en la acera y se había torcido el tobillo. Tendría que ser una historia detallada: con qué había resbalado, el peatón que lo había ayudado, el grado de hinchazón, cómo había conseguido volver a su piso, las horas que había tenido el tobillo en remojo en la palangana —no tenía palangana—, los analgésicos que se había tomado.

—¡Maldito embustero! —dijo, imitando a la perfección la voz de Laura, y se rio al oír sus palabras en la habitación polvorienta y desordenada.

Encontró la boina y un abrigo, se tragó el vodka al pasar junto a la encimera de la cocina y se apresuró escaleras abajo a la calle, donde se acercaba un taxi justo cuando levantó la mano. Sin embargo, en cuanto se desplomó en el resquebrajado asiento de vinilo, con los pies rodeados de colillas mojadas,

le flaquearon las fuerzas. Dio la dirección del hotel de los Clapper con desánimo y no respondió a los comentarios del taxista, aunque era joven y muy guapo.

El tercer invitado de los Clapper, Peter Rice, aún estaba en su despacho. Con un lápiz rojo, comprobó su nombre en una lista de editores del memorando anexo a una revista inglesa. No la había hojeado; ya no leía revistas de ningún tipo. Su secretaria, con el abrigo sobre los hombros, le trajo el paquete de libros que le había pedido. Firmó un papel, sonrió, le dio las gracias, le deseó un buen fin de semana, contempló desde su ventana un remolcador lejano en el East River y lamentó, al ver que empezaba a llover, no haber cogido el paraguas por la mañana. Solo era un lamento formal; no prestaba atención al tiempo en la ciudad.

Llevaba un año sin ver a Laura. Hablaban por teléfono de vez en cuando. Laura lo llamaba desde la granja de los Clapper en Pensilvania. Como nadie más lo llamaba a esas horas de la noche, cuando sonaba el teléfono siempre respondía con un sobresalto de placer, pues sabía que era ella. Este último año todas sus conversaciones habían empezado con desesperación y dramatismo, historias escabrosas sobre la afición de Desmond por la bebida. Pero al cabo de un rato ella se calmaba y acababan hablando como siempre.

Fue a coger el sombrero. Una mujer rio en el pasillo. Oyó pasos que se dirigían a los ascensores. El remolcador se había perdido de vista. Al apagar la lámpara del escritorio, la penumbra acuosa del anochecer inundó su despacho, pero no desdibujó los brillantes lomos de los libros alineados en las estanterías. Una preocupante sensación de que el día había pasado sin dejar huella lo dejó ahí clavado, como falto de vida. Entonces pensó en Laura. Cogió el paquete de libros y salió.

En el cuarto de baño del hotel, Desmond Clapper se miraba fijamente los dedos enrojecidos bajo los grifos abiertos. El chorro de agua no conseguía ahogar la voz de Laura. En cuestión de segundos tendría que volver al dormitorio con ella. Cerró los grifos, los volvió a abrir.

—¡Háblame de la dignidad de los leopardos! ¡De las cucarachas! ¡Pero no me hables de la dignidad del hombre! ¿Cómo se atreve alguien a impedir que otra persona vaya adonde le plazca del maldito mundo? Ya estaba casi en el restaurante cuando te vi al otro lado de ese piquete con cara de tonto, mientras esos camareros correteaban entre nosotros farfuleando sus quejas...

Desmond apretó los dientes. Laura seguía molesta por lo del almuerzo. Él no podía haber evitado lo ocurrido. Los huelguistas lo habían insultado cada vez que daba un paso hacia Laura. Se quedó escuchando. Ella empezó a hablar de nuevo, pero su voz parecía más cercana. ¿Sería capaz de estar al otro lado de la puerta?

—¿Desmond? ¡Desmond! ¿Cómo es posible que no quisieras cruzar ese piquete? ¿No sabes lo que ganan los camareros en un sitio así? Y... ¡por Dios! ¿Quién tiene dignidad en esta vida? Lo único que quieren es dinero..., trátame como un hombre..., ¡deme otra moneda! ¿Recuerdas esos mendigos de Madrid a los que sus hijos llevaban en un carrito hasta las puertas de las iglesias? Y agitaban sus muñones delante de nosotros y se reían. ¡Eso era dignidad! ¿Desmond? Hacía tanto que deseábamos comer allí, y me has agarrado del brazo y me has obligado a irme. Uno de ellos llevaba una pancarta con la palabra *apoyo* mal escrita. ¿Te has fijado? ¡Dios! ¡Habría sacado mi plato y me lo habría comido delante de ellos! ¡La insolencia! ¡La estupidez! Y en la librería, esa horrible dependencia de uñas sucias y con el aro del sujetador que le asomaba de la camisa... ¡me ha corregido! Tendrías que haber sabido, después de tantos años, que yo no pronunciaba bien la palabra *cúpula*. ¿Por qué nunca me lo has dicho? Ya sabes cuánto me horroriza pronunciar mal en inglés. Ni se ha molestado

en atendernos, fingiendo que no habían recibido nuevas novelas inglesas de detectives. Deberías llamar al director de ese sitio..., permitir que personas así maltraten a los clientes..., permitirles que desahoguen sus frustraciones con los demás. Le he preguntado si le hacía falta ir al baño. ¿Me has oído preguntárselo? He hablado con calma, y eso enloquece a esas personas. Y pensar que he pronunciado mal *cúpula* todos estos años y nadie me ha dicho nada hasta que esa mujer... ¡Estoy tan nerviosa! Creo que esta copa me ayudará. Desmond. Sé que estoy un poco alborotada. ¿Lo has oído? Lo sé. No estoy poniendo excusas, eso no es nada español. Sois vosotros, los anglos, los especialistas en mentiras piadosas. Yo nunca me justifico. ¿A que no, Desmond? No soy judía, a fin de cuentas. ¡Cuánto aborrezco a los que se compadecen de sí mismos! Ese hermano mío, Carlos, se toma sus problemas con tanto sentimentalismo... y, ah, cómo nos abandona a todos, incluso a mi pobre madre, que lo prefiere a él en lugar de a mí o Eugenio. ¿Desmond? Ojalá pudiéramos irnos sin decir nada a nadie. Cuando he llamado a Clara, me ha dicho que había estado resfriada con una voz tan débil y triste, y luego ha demostrado lo *valiente* que era diciendo que claro que quería vernos antes de que nos hiciéramos a la mar. ¡Ojalá pudiéramos irnos sin más! ¡Ahora mismo! Cruzar la pasarela a oscuras y entrar en nuestro camarote. El sobrecargo nos traería té y galletas, el barco zarparía a medianoche, sin bandas ni despedidas. ¡Dios! Esos espantosos camareros... Supongo que tendrán unas vidas inhóspitas, volviendo a casa de madrugada en el metro, demasiado exhaustos para sumar sus propinas, soñando que cargan bandejas..., y esa miserable dependienta, sin nadie que se moleste en decirle lo del sujetador, sin nadie que se preocupe de sus pechos. ¡Mira qué hora es! Todos llegarán pronto. Peter no me preocupa. Él entiende lo que es una ocasión especial, el pobre. Llevamos treinta años de ocasiones. Mi amigo más antiguo..., mi único amigo. Menos mal que no he localizado a Eugenio. Me imagino dónde estará, en la guarida de cualquier vieja contando furtivamente las perlas auténticas que lleva al

cuello, exasperado solo de pensar en cómo nuestra familia ha caído... caído...

Empezó a llover de pronto, como si arrojaran agua a las ventanas del hotel y a la negra avenida ocho plantas más abajo. Laura vio los limpiaparabrisas deslizándose por los cristales de los coches que llenaban la calle, el color de los semáforos que parecía chorrear con la lluvia y la reluciente superficie del macadán inundada por la violencia del aguacero. Encendió un cigarrillo y bebió un sorbo para humedecerse la boca seca. Se estremeció de tal forma que hasta las piernas le temblaron por la fuerza del espasmo. Casi de inmediato fingió preguntarse si se habría producido un terremoto, si la ciudad de Nueva York estaba desmoronándose, si el hotel se derrumbaba bajo sus pies; fingió que la convulsión se debía a una fuerza externa y no a lo que debía ser, el hecho prodigioso que había ocultado a lo largo de toda su arenga, durante la cual, ella lo sabía, Desmond había estado abriendo y cerrando los grifos para ahogar su voz.

El prodigio en cuestión era la noticia que había recibido cuando los Clapper habían regresado al hotel tras sus últimas compras para el viaje: que su madre, Alma, había fallecido a media tarde en la residencia de ancianos donde vivía desde hacía dos años. Laura se había vuelto hacia Desmond, sonriendo incluso mientras él le preguntaba quién estaba al teléfono, y había respondido que era Clara para saber cómo llegar al hotel, y ¿podía ir sacando él las botellas? Luego había regresado a la gravedad oficial de la voz que, al otro lado de la línea, hablaba sobre el certificado de defunción firmado por el responsable médico —fallo cardíaco..., muerte apacible— y la organización del funeral, y Laura le había dicho a Desmond: «Tráeme una aspirina, cariño», antes de decir apresuradamente al teléfono: «¿Mañana? ¿Puede ser mañana? Cualquier funeral que ustedes suelan..., sí..., pero tenemos una sepultura, mi marido lo organizó con ustedes hace dos años..., en Long Island», y Desmond había vuelto con dos aspirinas y ella había dicho al teléfono: «Adiós, llamaré por la mañana», pero entonces

Desmond había preguntado: «¿Llamar a Clara? Pero si viene esta noche, ¿no?».

No había sido capaz de responderle, pero él no insistió; siempre podía contar con la limitada capacidad de atención de su marido. Y luego se había quedado en blanco; solo sabía que algo implacable se había apoderado de ella. Había sentido un placer casi delirante y el impulso de gritar que poseía algo que nadie más conocía, un hecho importante, duro y real entre las blandas acumulaciones de acontecimientos irrelevantes a los que pertenecía el planeado viaje a África, que solo podía experimentarse a través de su organización, itinerario, equipaje, compra de medicinas para trastornos digestivos, libros para leer, reloj, jabón, pasaportes, esa cáscara de actividades que envolvía el centro inmóvil de su existencia en común.

¿Estaba Desmond bebiendo solo en el cuarto de baño? ¿Tomándose unos tragos furtivos antes de que su enfermera jefe lo sorprendiera? En un arrebato de furia por el engaño de Desmond, por su cobardía al haberla nombrado enfermera jefe, soltó su vaso sobre el radiador; el cristal se rompió en grandes pedazos y cayó a la moqueta. Desmond apareció de inmediato en la puerta del baño, secándose las manos con un cuidado exagerado. Laura sonrió mientras notaba un leve sudor en el labio superior.

—¿Le has dado propina al camarero que ha traído el hielo? Por cierto, se me ha caído el vaso.

—Sí, querida. ¿Se te ha caído el vaso? Yo lo limpiaré.

Vio que Laura tenía una mancha en la frente y la frotó con el extremo de la toalla mientras miraba la ventana donde, supuso, ella se había apoyado.

—Está lloviendo —dijo Desmond.

Ella rio.

—No podías oír la lluvia con el ruido que hacías ahí dentro.

Él le devolvió la sonrisa, aliviado por la serenidad de su voz. Y sí que había oído la parte de embarcar esa misma noche. Y claro que lo habría preferido a la velada aburrida y peli-grosa que tenían por delante. Ya había cristales rotos, aunque

se debiese a algo accidental. Leopardos, camareros, judíos..., Laura no se habría puesto así si no esperara a su maldita familia. La observó mientras ella doblaba la toalla que le había dado y luego se miraba en el espejo que colgaba de la pared, encima de la cómoda. Había ido a la peluquería esa mañana y llevaba todo el pelo amontonado en lo alto de la cabeza. ¡Era tan gris! Esa cabellera de mujer mayor seguía sorprendiéndolo.

—Qué rizos más repugnantes —dijo Laura. Sus ojos del espejo miraron los de Desmond.

A él no le importó esa mirada y pensó: «Voy a tomarme una copa». Pero cuando se dirigía a la mesa donde estaban las botellas y los vasos, oyó que alguien llamaba débilmente a la puerta y fue a abrir.

—¿Soy la primera? —preguntó Clara Hansen mirando directamente a su madre sin reparar en él.

La sonrisa desperdiciada de Desmond se demoró un poco más en sus labios.

—Hola. —Laura pronunció el saludo con el tono más profundo de su voz, una anunciación resonante y eléctrica a la que Clara, lo supo con el corazón encogido, no encontraría ninguna respuesta que la igualara, pues su propio «hola» pesaría menos que el polvo ante semejante escala de drama tonal, por lo que se limitó a tenderle la mano.

Su madre le apretó los dedos con fuerza un instante y luego retiró la mano para coger un cigarrillo.

—¿A que tiene un aspecto magnífico? —exclamó Laura—. ¿Los hombres no te atacan por la calle?

—¿Qué quieres beber, Clara? —preguntó Desmond.

—Whisky. Con soda, si tienes —dijo Clara, y siguió mirando a Desmond. En cuanto ella y Laura empezaran a hablar, todo iría bien. Seguro. Esos primeros momentos siempre eran angustiosos y ella no podía explicarse el miedo que sentía, la innegable sensación de peligro.

Nunca había vivido con Laura ni con su padre, Ed Hansen; no había estado bajo el mismo techo que su madre desde esa primera separación en la maternidad del hospital, veintinueve

años atrás. Era eso, se decía ella; es porque nunca hemos empezado y por eso siempre comenzamos por la mitad, mientras un vacío se forma justo detrás. Pero esta teoría de la relación que mantenía con su madre, tan estimulante durante un día, o una hora, no se tenía en pie. Entre Laura y ella no había un vacío sino una presencia, cruda y ensangrentada. Laura había tenido cuatro abortos antes de un quinto embarazo que había pasado inadvertido un mes más de la cuenta, y de él había nacido Clara. Ella, se decía, había robado su futuro.

—¿Cómo estás, señorita? —preguntó Laura encaramada ahora al alféizar de la ventana—. Ojalá vinieras con nosotros. ¿No te gustaría, Desmond? ¡Qué bien nos lo pasaríamos! Desmond, Clara quería agua, no soda.

—¿Has dicho soda o agua? —preguntó Desmond.

—Cualquiera me va bien, lo que sea más cómodo —dijo Clara.

—Pero me ha parecido que lo pedías con agua —insistió Laura.

—Pues me parece que he dicho soda, pero no importa. De veras.

—Vaya, ¿estás segura, Clara? ¡Ay, Dios! Ese debe de ser Peter. Esperaba que los tres pudiéramos estar un rato a solas, pero... —Y fue a abrir la puerta.

No era Peter, sino Carlos Maldonada.

—¡Carlos!

—Hola, querida —dijo Carlos.

—¡Mira quién está aquí! ¡Clara! ¡Y ahora no empecéis vosotros dos! —gritó Laura alegremente.

Carlos fue directo a su sobrina, le puso una mano en la cabeza y le apretó el cráneo con los dedos. Ella rio excesivamente.

—¿Algún chiste nuevo? —le preguntó Carlos a Clara.

—Ay, Carlos, cada vez tengo peor memoria para los chistes...

—¡Cada vez tiene peor memoria, dice! —exclamó Laura riendo—. A su edad...

—El maldito camarero ha olvidado el vermut —murmuró Desmond.

—Mi confundido Desmond, ninguno de estos pordioseros tocaría el vermut —susurró Laura.

—Te perdonaré —le dijo Carlos a Clara—. ¡Ese último! ¡Por ese último te perdono cualquier cosa!

«Ese último» era una broma obscena que probablemente ella le había contado hacía un año, la última vez que se habían visto, mientras subían por Lexington Avenue. Él se había reído hasta que se le saltaron las lágrimas. A Clara el chiste no le había parecido especialmente gracioso, pero la carcajada que arrancó a su tío —y no era la primera vez— la había emocionado: el calor de su respuesta había sido reconfortante. Sin embargo, no entendía a qué sustituían esos chistes, con su lamentable deformación de las costumbres de la vida carnal y una jerga que era más rudimento que palabras. Intentó recordar algo sobre una mujer y un picaporte, algo lo bastante grosero para provocar en ellos los gritos y carcajadas que la librarían unos instantes de sus expectativas. Pero su madre empezó a hablar. Clara suspiró, aliviada, y tragó demasiado whisky.

—Gibraltar solo un día —decía Laura—. Luego Málaga una semana, luego Marruecos. Estamos listos para zarpar. Estábamos listos...

De pronto se detuvo y miró a su alrededor con honda perplejidad, como si buscara lo que había estado a punto de decir escrito en una pared, o en una lámpara, o en una caja sobre la mesa. Los otros tres también interrumpieron su consumo de alcohol y tabaco y oyeron el golpeteo de la lluvia en las ventanas del hotel. Clara contuvo la respiración. Entonces Desmond dijo:

—No pagaré por ese maldito vermut, desde luego...

Y Laura, que les había dado a todos la impresión de alguien que se revuelve en sueños, siguió con lo que estaba diciendo:

—Estábamos listos. Y entonces Desmond recibió una carta de su hija, la pequeña Ellen, la querida Ellie..., ¿tienes que

ver esa carta, Clara! ¡Menuda farsante está hecha! Quiere ver a su papá, decía, quiere hablar de su carrera en el mundo editorial..., que no ha empezado. ¿No es ya un poco mayor para empezar, cariño? Desmond, seguramente le dijiste que Peter Rice podría ayudarla a encontrar trabajo. Se lo dijiste, ¿verdad? No tendrías que darle esperanzas, ¿sabes? Escribe como una veinteañera y ya debe andar por los treinta. ¿O no? Seguro que es mayor que Clara.

—Disculpad —dijo Desmond, y entró en el cuarto de baño.

—Es el campeón de las meadas en los siete continentes —comentó Laura.

—Creo que los continentes son seis —dijo Carlos.

—No sé qué haríamos sin tus conocimientos geográficos, Carlos. —Laura se echó a reír.

Estaba sentada en una de las camas de la habitación y Carlos seguía de pie, justo detrás. Los dos españoles miraban a Clara. Sometida a su escrutinio, el dolor que había sentido por la mención de esa otra chica desconocida que, al igual que ella, ya no era una chica, empezó a desvanecerse como si lo expusiera a una luz cegadora. Fue como si dos águilas se abatieran sobre ella. ¡Que apartaran la vista, por Dios! Sin embargo, no tenían pico ni aspecto de ave, no con esas enormes cabezas españolas. Pero se sentía paralizada por sus miradas, cuya fuerza se doblaba por el parecido físico de los hermanos, los mismos ojos hundidos bajo los grandes pliegues de los párpados, la misma nariz alargada. Aunque Laura tenía el pelo gris y Carlos estaba casi calvo, había en sus miradas algo oscuro, *español*, no del todo humano, que destacaba por encima de unos labios sonrientes.

—¿No os iréis? —preguntó Clara vacilante—. ¿Porque Ellen...?

Laura se echó a reír negando con la cabeza, como maravillada ante semejante conclusión.

—Unas piernas preciosas —murmuró Carlos con una sonrisa encantadora, mirándole las piernas a su sobrina.

—Y esas manos, como de paje renacentista —dijo Laura—. ¡Fíjate, se está sonrojando!

Laura se levantó de la cama, se acercó a Clara y le acarició la barbilla. Clara sonrió a Carlos con impotencia y maldijo en silencio su cara enrojecida. Pero el rubor no se debía al recato; era enfado por la injusticia de un halago que solo podía herirla.

Durante su adolescencia, su abuela Alma se la había llevado a esperar un barco o un tren para sentarse un par de horas en una habitación de hotel o en un restaurante con esa extranjera de aspecto feroz, su madre. En aquel entonces, ella tropezaba con sus propios pies, rompía vasos de refresco y balbucía irremediablemente mientras esperaba que Laura le dijese que había crecido, que estaba más rellenita, que quizá algún día hasta sería guapa. Pero lo que Laura le decía era que sus piernas eran exactas a las de Josephine Baker, que su cara redonda era igual que la del chico del cuadro de Reynolds que había visto en Londres o que tenía aspecto de bacante, y Clara, mientras el camarero recogía los fragmentos del vaso roto —siempre llegaba deprisa y malhumorado—, escondía las uñas mordidas debajo de la servilleta o de la carta e intentaba cerrar la maldita boca, y también iba recogiendo esas descripciones de sí misma, esos halagos que la dejaban con una sensación insultante y ofensiva.

Y ahora tenía manos renacentistas. Se las miró disimuladamente. Una sostenía el vaso con fuerza. Se le aceleró el corazón y por un instante se imaginó arrojando el vaso contra las ventanas del hotel. Pero aquel impulso se desvaneció tan deprisa que apenas fue consciente de él, sino solo de que se había ensimismado.

Laura hablaba de Ed Hansen, el padre de Clara, pero con menos desprecio del que aparentaba cuando Desmond estaba presente. Él seguía en el cuarto de baño.

—Pero Clara me dijo..., ¿verdad?, que Ed estaba muy enfermo, que esta vez no fingía. ¿Era una angina, Clara? Y que Adelaide intenta echarlo de nuevo. ¿Se ha hartado de ser la maravillosa nueva esposa? ¿O no puede soportar el arte de Ed? ¡Dios mío, Carlos! ¿Te he hablado de esa vez, hace unos años, que Ed me llamó, borracho como una cuba, y me dijo que iba a

tirar todas sus cámaras y que volvía a la pintura? Claro que no ha tenido que ganarse la vida desde que se casó con una heredera... Pues bueno, me estaba hablando del tema de la pintura por teléfono cuando de pronto, y encima era conferencia, rompió a llorar. Me dijo que se sentía tan emocionado de volver a reencontrarse con la pintura a su edad, después de esos años espantosos en los que había tenido que mantenernos y protegernos trabajando de fotógrafo, eso dijo, y lloraba de verdad. Pero ya se sabe, a los viejos se les da un regalito navideño o se les habla de una erupción volcánica en un sitio que nunca han pisado y se echan a llorar igual que Ed. No es una persona seria, esa es la verdad. Nunca lo ha sido. Por eso era un buen fotógrafo.

—Pero no es un viejo —dijo Clara.

—Supongo que no —repuso Laura, y miró a Carlos—. ¿Cuándo lo has visto por última vez?

—Él..., hará unos meses, pero estaba bebiendo. Intenté que comiera algo...

Laura soltó una carcajada.

—Ay, Carlos, tú intentando que alguien coma algo... en ese estercolero de cocina..., ¡querido! ¿Qué le diste? ¿Posos de café y caca de ratón?

—Solo te dije que los médicos dijeron que estaba en muy mal estado y que si no dejaba de beber no viviría mucho —dijo Clara en voz alta—. No sé nada de Adelaide —añadió.

—No sabes, ¿eh? —dijo su madre con la vista clavada en Clara y los ojos muy abiertos—. Y bien, ¿cómo está, aparte de agonizante? ¿Cuándo lo has visto por última vez, Clara?

—Hace meses. Pero hablo con él por teléfono —repuso Clara, y añadió apresuradamente—: Lo llamé para ver cómo se encontraba. Y esa última vez que lo vi no estaba sobrio. No parecía darse cuenta de lo que hacía..., me regaló un viejo reloj de bolsillo y, a la mañana siguiente, me llamó para pedirme que se lo devolviera.

—Ed se había quedado en mi casa esa noche. Estaba avergonzado por lo del reloj, Clarita.

—¡Dios! ¿No es eso típico de él? —dijo Laura—. Y, cómo no, Clara se lo devolvió. Pero dime, ¿cómo está Adelaide, la reina del patetismo? Tú no la conoces bien, Carlos. ¿O sí? Dios mío, nunca he visto a una mujer tan empeñada en encontrar personas que la atormenten. Y cuando las encuentra, ¿cómo aguanta! Y luego una lágrima valiente, una simple declaración a sus admiradores: «Todo es culpa mía». ¿A que sí, Clara? Clara la conoce, ¿verdad, señorita?

Pero Clara se ahorró la incomodidad de responder porque Desmond salió del baño. No se podía hablar de Ed Hansen en presencia de Desmond. Laura había informado a su hermano y a su hija que su marido sufría unos terribles ataques de celos; se volvía loco con el tema de Ed, tanto, afirmaba Laura, que se negaba a hablar con cualquiera que se llamase Edwin, Edmund o Edward.

—Caramba, ¿dónde estará Peter? —dijo Laura.

Clara entró en el baño pensando: «Caray, caramba»; ¿por qué Carlos y Laura usaban palabras típicas de cómic? ¿De quién se burlaban? ¿De Estados Unidos? Pero ¿quiénes eran los Maldonada? Inmigrantes enojados, seres dependientes permanentemente desplazados debido a su incesante esfuerzo para mantener la ficción de su distancia, de su superioridad sobre la población local.

En el baño hacía demasiado calor. Entre las toallas revueltas, acechando todavía en el arrugado envoltorio de un jabón, estaba el potente olor de la orina de Desmond. ¡Dios mío! ¡Una sola gota podría cambiar el mundo! Visualizó el bigote negro de Desmond y, debajo, sus labios como viejas tiras de goma. Allí dentro, protegida del escrutinio de Laura, sintió que la tensión de su falsa alegría cedía; se permitió desear que las horas de esta noche pasaran, desaparecieran. En las raras ocasiones en que veía a Laura, o incluso a sus tíos Carlos y Eugenio, sentía tal confusión, tal dislocación de su ser... Arrancada de lo que era su vida aunque solo fueran unas horas, esos momentos parecían no contar, ser un sueño que se borraba de la memoria.

¿Cómo había acabado Desmond en aquel aquelarre? De pronto recordó a su abuela Alma, que había parido a esa prole espantosa. Y Clara sintió una profunda vergüenza, porque ¿qué excusas podía ofrecer para mitigar su abandono de la anciana? Pero la vergüenza fue solo un pellizco, un agujonazo momentáneo. Ya la inercia la estaba separando de la resolución. Quizá un impulso la rescataría. Quizá una tarde, después del trabajo, se descubriría acercándose a la residencia de ancianos. Por un momento, al pensar en el placer que Alma sentiría al verla, Clara casi sonrió. Y la sonrisa se desvaneció casi igual de rápido. Comprendió que nada, ningún recurso misterioso e insondable de su interior, conseguiría que fuese allí.

«Yo sé muchas cosas», declaraba a veces su abuela en su inglés con fuerte acento español. Tenía un acento espectacular.

Durante cuarenta y cinco años se había resistido a aprender inglés; Alma, que se había sometido a los brutales cambios de su vida sin protestar, había defendido su lengua nativa quizá porque era su último vínculo con la costa ibérica que había dejado a los dieciséis años cuando se embarcó rumbo a Cuba. Quizá supiera muchas cosas, pero ¡a saber cuáles! Sus hijos nunca le preguntaron qué era lo que sabía, aunque se divertían repitiendo esa frase en tono de burla. Ed Hansen se lo había preguntado, en vano. «Ay, Ed..., muchas cosas...», había respondido Alma con un suspiro. Ed la hacía reír, despertaba en ella una alegría coqueta. Tal vez siguiera sorprendiéndole que esa mujer soñadora y melancólica hubiese traído al mundo a Laura, Carlos y Eugenio.

Ed había conquistado a Alma desde la primera vez que Carlos lo llevó a casa durante un permiso del campo de entrenamiento militar donde los habían destinado en la Primera Guerra Mundial. Los dos tenían diecinueve años y, al intentar imaginarse cuál sería su aspecto, como hacía a menudo, Clara recordó una fotografía borrosa que había encontrado en una caja de zapatos en el piso de Alma en Brooklyn. En ella, Carlos posaba lánguidamente de pie junto a una mesa. Y su padre

sonreía con una mano apoyada en el hombro de Carlos. ¡Qué guapos eran! ¡Y qué inimaginable que el tiempo erosionase su elegancia! Y que, un día, Alma no esperase nada, abandonada en una residencia de ancianos.

Se mojó las manos en el lavabo y las secó descuidadamente. Claro que Laura sabía que hacía cinco meses que no iba a ver a Alma. ¿Y si se pasaba un año sin ir? ¿Qué, entonces? Se estremeció de miedo, pero ¿a qué? ¿Qué le podía hacer Laura?

Tiró varias veces de la cadena. Disculparía su ausencia, si es que alguien la había notado. Había necesitado alejarse un momento de ellos, de la dolorosa tensión que Laura parecía producir y al mismo tiempo servirle de alimento.

Clara abrió la puerta. Había mucho humo de tabaco y la habitación parecía más pequeña. Laura estaba acostada en una cama con la cabeza apoyada en una mano y la cadera formando una curva. Su cuerpo ya no era joven, pero tampoco de mujer madura. Tenía cincuenta y cinco años.

Acababa de deslizar la mano bajo la tapa de una caja que estaba a punto de abrir.

—Ay, Clara. Justo estaba diciéndole a Carlos que Desmond me compró ayer seis vestidos, él solito. ¿Te imaginas a un hombre así? Desmond..., ¡eres tan bueno! ¡Pero también es tan malo! ¡Tan derrochador!

Carlos se acercó a Clara y la rodeó con un brazo.

—Y yo ni siquiera tengo uno —le susurró al oído.

Ella lo abrazó. Carlos le hundió la barbilla en el pelo. Se mostraron las manos.

—¡Mira a esos dos, Desmond! —dijo Laura.

Las manos de Clara y Carlos eran extraordinariamente parecidas: se trataba de una broma entre ellos. Al menos era algo que compartían. Se separaron mientras Carlos reía suavemente. Ella se sintió incómoda. Apreciaba a su tío, pero esas bromas, esas caricias, esas señales mudas aunque elocuentes enfriaban el afecto que sentía por él. Carlos casi siempre la había tratado con amabilidad. Le encantaban sus magníficos andares; como un tigre, afirmaba Ed, nadie diría que era un

pederasta. Ed le había asegurado a Clara que no lo había sabido durante años, y le había contado el secreto cuando ella tenía trece. Clara había asentido con calma, ocultando que ignoraba de qué le estaba hablando, aunque sabía que era algo horrible y le aterrorizaba que Carlos se enterase de que ella lo sabía. Eso ocurrió cuando estaba convencida de que los Maldonada podían leer el pensamiento, sobre todo el de ella. Pero si Carlos se lo había leído, eso no influyó en su forma de tratarla. Con el tiempo, Clara había tenido una revelación. No era la vergüenza de Carlos lo que había temido, sino la propia. Hasta hacía unos años, Alma solía decir: «Ay, Carlos... Espero que se case algún día». Carlos era su preferido. De Eugenio no decía nada. Y durante todos los años que crió a Clara, mientras Laura y Ed se trasladaban de la Provenza a Devon, de Ibiza a México, Alma apenas le había hablado de esa pareja espectral cuya existencia atestiguaban los sellos extranjeros (cuando llegaba una carta, a menudo ya estaban en otro lugar; Laura nunca escribía, enviaba mensajes a través de Ed), y se limitaba a decir: *Laurita es una viajera, ¿eh?*,\* con una suerte de implacable benevolencia, o soltaba algo igual de insustancial para que la niña, Clara, se guardara sus preguntas muy adentro, donde, en la fecunda y solitaria oscuridad de la adolescencia, se volvieron monstruosas.

Sin embargo, en cuanto salió al mundo aprendió lo que todos sabían —que las familias no son lo que parecen— y se volvió experta en detectar las grietas en las fachadas domésticas. ¿Acaso no estaba dañado todo el mundo?, se preguntó. Leyó a los clásicos griegos durante su único año en la universidad y concluyó que la casa de Atreo estaba, y siempre había estado, llena de huéspedes como ella. Después, hacía un año, una mañana se había despertado sudando de miedo. Su vida era como andar junto a una cerca electrificada. Y el camino se estrechaba cada vez más.

\* En castellano en el original.